

5. Auges, depresiones y la tasa de ganancia: una guía pluralista e inductiva*

Alan Freeman (2016)

Este capítulo es una guía sobre las teorías de la tasa de ganancia, su efecto en los resultados económicos y su papel en las recesiones y auges económicos. El capítulo pretende llevar al lector, con un mínimo de matemáticas, a un punto en el que pueda seguir estudiando el tema por sí mismo. Se trata de un trabajo de recuperación histórica, no de una exposición exhaustiva; pueden encontrarse más detalles en las fuentes habituales (Howard y King 1989; Walsh y Gram 1980) o en los debates recientes enumerados en las Referencias.

Hay un contexto. A medida que aumentan los problemas económicos de los países capitalistas avanzados, con consecuencias cada vez más graves para su orden geopolítico, la gente quiere saber por qué. El dedo de la sospecha apunta a un culpable que los economistas identificaron hace dos siglos y que desde entonces han ignorado o exonerado. Esta guía no es, pues, un simple ejercicio de aprendizaje, como el de un nuevo idioma; es la historia de un tema controvertido. El debate está en el centro de una discusión política fundamental: ¿es el capitalismo responsable de sus propias dificultades?

Este capítulo es partidista; sostiene que en la batalla por explicar lo que va mal, la tasa de ganancia es el único contendiente que queda en pie. Sin embargo, no es despectivo. Su objetivo es proporcionar a los lectores información suficiente para que puedan emitir juicios independientes. Para ello, se aplican dos principios: el pluralismo sistemático (ISIPE 2014; Denis 2009), para garantizar que las explicaciones alternativas se identifican adecuadamente y se exponen de forma justa; y la coherencia inductiva coherencia, para juzgar cuál explica mejor esos hechos.

5.1. LA CRISIS DE LA ECONOMÍA Y LA DEFENSA DE LA INTEGRIDAD TEÓRICA

El colapso financiero de 2007 provocó una crisis de confianza pública en la economía (Freeman 2009); nueve años después podemos hablar con razón de una crisis de la teoría económica. Sin que se vislumbre el fin de lo que el Fondo Monetario Internacional (FMI) (Blanchard 2015) denomina oxímoronamente ‘crecimiento estancado’, mientras surgen mayorías populares a favor de políticas que la ortodoxia considera indefendibles, la cuestión no es solo quién sigue escuchando a los economistas, sino si tienen algo útil que decir.

Esto se ve claramente en el tratamiento que dan a su propio descubrimiento más inquietante: que los descensos a largo plazo de la tasa de ganancia, que ocupan gran parte de la historia capitalista, son causados por el propio capitalismo. Los economistas han ignorado este hecho con una evasión que convencería a cualquier marciano racional de que su trabajo es perpetuar la ignorancia. La tasa de ganancia debería ocupar por derecho el mismo lugar en cualquier comprensión seria de la dinámica capitalista que el estudio de los materiales en la construcción de puentes, la gravedad en la física o las enzimas en la biología: Es un factor no ignorable, del que ninguna teoría completa puede prescindir.

*Traducción por: Gabriel Camacho-Cabrera, estudiante de Bach. en Economía, UNA (gabriel.camacho.cabrera@est.una.ac.cr).
Capítulo 5 de T. Subasat (ed.) (2016), *The Great Financial Meltdown: Systemic, Conjunctural or Policy Created?*. Edward Elgar.

Sin embargo, la economía prescinde de ella. La pregunta es: ¿por qué? Lo que está en juego es la integridad teórica. La historia del tema, mostraré, comprende una especie de alternancia de larga duración entre hechos inexplicados por la teoría y teorías no respaldadas por los hechos. Durante los largos auges (1893-1914, 1942-1968), cuando todo parece ir bien, está dominada por su función ‘esotérica’ (Freeman 2015): la justificación del orden existente. Durante las largas depresiones (1870-93, 1929-42, ahora) los hechos brutos se entrometen y las ‘nuevas’ teorías se abren paso para dar cuenta de ellos.

Esta contienda es la expresión teórica de una batalla real y material entre clases cuyos intereses están ligados a las explicaciones que los economistas ofrecen sobre su condición. Si queremos convertirnos en agentes colectivos de nuestro destino, necesitamos emprender una lucha teórica: un esfuerzo integral por comprender el mundo en que vivimos, basado en los principios de la investigación racional. Una ciencia social emancipadora de este tipo, que rompa con la economía ‘pura’ (Desai, capítulo 8 de este volumen), estudiaría la relación histórica entre la acción de los seres humanos conscientes y lo que la mercancía les oculta, al tiempo que capacitaría a esos mismos seres humanos conscientes para adquirir un conocimiento fiable mediante el estudio sistemático de los hechos. Este capítulo es una contribución a ese esfuerzo.

5.2. INVERSIÓN, CRECIMIENTO Y GANANCIAS EN LA LARGA DEPRESIÓN

El cuadro 5.1. resume algunos datos básicos de la larga depresión actual. El punto más notable es el simple tamaño de la inversión bruta, un componente importante de la demanda comparable con el gasto público o mayor que éste. El segundo punto es la clara correlación entre la inversión y el crecimiento, que explica casi por completo las diferencias entre las principales economías después de la crisis. Esta relación se confirma en innumerables estudios; en particular el propio diagnóstico sombrío del FMI (Blanchard 2015).

Cuadro 5.1. Inversión y crecimiento en las economías principales

País	Inversión ^a (%)	Tasa de crecimiento post-crisis ^b (%)	Nota: gasto gubernamental ^a (%)
China	48	9.0	29
India	31	6.5	27
Corea	29	3.2	21
Estados Unidos	19	0.9	37
Alemania	17	0.7	45
Francia	22	0.3	57
Reino Unido	14	0.2	44
Japón	21	0.1	40

Notas:

a. Participación media en el PIB después de la crisis, en moneda local corriente

b. Crecimiento promedio del PIB, moneda local constante, 2008-13.

Fuente:

FMI, base de datos *World Economic Outlook* (WEO) 2014.

Entre las variables que afectan a la inversión, la tasa de ganancia es imposible de ignorar. Como señala Kliman (2012: 91):

las variaciones de la tasa de ganancia explican el 83% de las variaciones de la tasa de acumulación del año siguiente (...) si realmente no hubiera ninguna relación entre las tasas de ganancia y de acumulación, habría menos de una posibilidad entre 900 trillones de que la relación observada entre ellas fuera tan fuerte como la que observamos.

Estos hechos no son una prueba de la relación causal. Sin embargo, deberíamos sospechar de cualquier teoría que no pueda dar cuenta de ellos. La realidad es aún más extraña: con honrosas excepciones, la mayoría de las teorías contienen explicaciones de esta relación que deciden ignorar. Esto, en sí mismo, es un hecho que requiere una explicación.

Para exponer el problema de forma sistemática, primero expresaré las identidades básicas de forma aritmética. Éstas no son controvertidas; las diferencias giran en torno a cómo deben interpretarse las magnitudes implicadas y, en consecuencia, cómo pueden explicarse las relaciones causales entre ellas.

Supongamos que un propietario privado invierte una suma k que produce una ganancia s durante un periodo de tiempo determinado. El rendimiento del capital, o la tasa de ganancia r durante este período es:

$$r = \frac{s}{k} \quad (5.1)$$

A partir de esto podemos deducir la tasa media de rendimiento de dos o más capitales. Con dos inversiones k_1, k_2 que producen las ganancias s_1, s_2 , esto es:

$$r = \frac{s_1 + s_2}{k_1 + k_2} \quad (5.2)$$

Asimismo, la tasa de ganancia media para cualquier conjunto de capitales k_i que produzcan rendimientos s_i ($i = 1, \dots, n$) es la suma de estos rendimientos dividida por la suma de los capitales:

$$r = \frac{\sum_n^1 s_i}{\sum_n^1 k_i} \quad (5.3)$$

Escribiendo para mayor brevedad:

$$K = \sum_n^1 k_i \quad (5.4a)$$

$$S = \sum_n^1 s_i \quad (5.4b)$$

obtenemos:

$$r = \frac{S}{K} \quad (5.5)$$

donde las mayúsculas significan agregados. Si K es ahora el capital total invertido privadamente y S el rendimiento total del mismo, (5.5) da la tasa de ganancia en el conjunto de la economía. economía.

Una parte del excedente –por ejemplo, una cantidad A – se invierte: en eso consiste la acumulación. Sin embargo, la medida de A depende de la teoría en cuestión; si un escritor sostiene que K cae por la devaluación de D , mientras que una parte B de S no se invierte, entonces esa teoría define A como:

$$A = S - D - B \quad (5.6)$$

Al igual que (5.1)–(5.5), toda teoría se ajusta a esta identidad. Por lo tanto, si en cualquier período de tiempo T el excedente total acumulado es A_T , entonces K crecerá hasta $K + A_T$ y la nueva tasa de ganancia será:

$$r_T = \frac{S_T}{K + A_T} \quad (5.7)$$

Todas las diferencias sobre la tasa de ganancia se reducen a diferencias sobre S y A ; r_T puede ser mayor que r sólo si el aumento de S compensa el hecho de que K crezca en A mientras continúe la acumulación, o si A se vuelve negativo – desacumulación. Mucha oscuridad desaparece si estudiamos las teorías en estos términos simples y básicos.

5.3. LOS HECHOS Y SUS CAUSAS: LA TASA DE GANANCIA EN LA HISTORIA DE LA TEORÍA

Los fundadores de la economía política fueron inequívocos sobre la tasa de ganancia. Smith ([1776] 1904: Vol. 1, Capítulo 9) y Ricardo ([1817] 1990: 71-73) prestaron gran atención a la tendencia a la baja de la tasa de ganancia del capital¹ que los empresarios prácticos consideraban un hecho establecido. Así, Mill señala que:

La tendencia a la caída de los beneficios a medida que avanza la sociedad, que se ha señalado en el capítulo anterior, fue reconocida tempranamente por los escritores sobre la industria y el comercio; pero al no comprenderse entonces las leyes que rigen los beneficios, el fenómeno se atribuyó a una causa equivocada. (Mill [1848] 2008: 573)

Como indica Mill, los contemporáneos de Marx trataron de explicar lo que todo el mundo sabía que era cierto.² Cuando Marx escribe: “Dada la gran importancia que tiene esta ley para la producción capitalista, bien podría decirse que constituye el misterio en torno a cuya solución gira

¹ Esta tendencia a la baja se denomina tasa de ganancia decreciente (TGD).

² Véase Heinrich (2013) y la respuesta de Kliman et al. (2013) sobre este punto.

toda la economía política desde Adam Smith” (Marx [1894] 1991: 319), el ‘misterio’ es que el propio capitalismo es responsable de la caída observada, como queda claro a continuación:

La verdadera barrera de la producción capitalista es el *capital mismo* (...) Lo que perturba a Ricardo es la forma en que la tasa de ganancia, que es el estímulo de la producción capitalista y a la vez la condición y el motor de la acumulación, está en peligro por el propio desarrollo de la producción. (Marx [1894] 1991: 358, 368)

Las discusiones del siglo XX, centradas en la descomposición (Rosdolsky 1977: 392; Grossman 1992; véase también Kuhn 2007) han tendido a presentar la ley de Marx del descenso tendencial de la tasa de ganancia (LDTTG) como una prueba de que no es posible recuperarla (Carchedi y Roberts 2013). Un campo opuesto, que se basa de Okishio ([1961] 1993) ha tratado de demostrar que no es posible que caiga.

Todos los intentos de demostrar que la realidad es imposible son, en última instancia, poco iluminadores. La polarización intelectualmente extraña resultante tiene su origen en la negación mutua de que el filósofo tenga que prestar atención a los meros hechos, siempre que pueda demoler las teorías de la oposición. Empíricamente, el índice cae durante la mayor parte del tiempo; en ciertos momentos, empíricamente, se recupera. La cuestión es por qué y cuándo se producen las transiciones.

¿A qué pensaban los economistas que conduciría la tasa de ganancia decreciente (TGD)? Smith y Ricardo se preocuparon por las tendencias a largo plazo: querían saber si el capitalismo podría sobrevivir. Marx ([1867] 1990: 762-872) se preocupa igualmente por las tendencias históricas. Sin embargo, no tiene dudas de que también hay consecuencias a corto plazo o cíclicas a corto plazo:

Teniendo en cuenta que la tasa de valorización del capital, es decir, la tasa de ganancia, es el motor de la producción capitalista (...) una caída de esta tasa frena la formación de nuevos capitales independientes y aparece así como una amenaza para el desarrollo del proceso de producción capitalista; promueve la sobreproducción, la especulación y las crisis, y conduce a la existencia de un exceso de capital junto a un población excedente. (Marx [1894] 1991: 349-350)

La depreciación periódica del capital existente, que es un medio, inmanente al modo de producción capitalista, para retrasar la caída de la tasa de ganancia y acelerar la acumulación de valor del capital mediante la formación de nuevo capital, perturba las condiciones dadas en las que tiene lugar el proceso de circulación y reproducción del capital, y por lo tanto va acompañada de paradas y crisis repentinas en el proceso de producción. (Marx [1894] 1991: 358)

Las conclusiones son que el capitalismo produce crisis; que estas crisis se repiten y no pueden evitarse; y que los problemas que surgen de este modo se acumulan, para producir amenazas históricas a largo plazo para la existencia del capitalismo. Estas hipótesis son empíricamente verificables y ampliamente reconocidas como ciertas.

El debate se centra en si, y en qué medida, la LDTTG es su ‘causa’. Convendría prestar atención al concepto de ‘causa’, cubierto por una extensa e informativa literatura. La confusión más sencilla consiste en buscar algún tipo de mecanismo que haga de la LDTTG una causa ‘inmediata’ en el sentido de Aristóteles, como, por ejemplo, la rotura de una tubería ‘causa’ una inundación, o el fallo cardíaco o un fallo cardíaco ‘causa’ la muerte.

Para Marx, en cambio, la LDTTG ‘causa’ la crisis al exacerbar todas las demás contradicciones, del mismo modo que la vejez exacerba todas las condiciones que amenazan la vida, o el aumento de la presión del agua produce una oleada de tuberías rotas. En realidad, Marx reconoce docenas de ‘causas’ inmediatas de crisis:

[T]odas estas premisas necesarias [para que el capitalismo se reproduzca] se exigen mutuamente, pero se llevan a cabo mediante un proceso muy complicado, que incluye tres procesos de circulación que se producen de forma independiente pero que se entremezclan. Este proceso es tan complicado que ofrece siempre muchas ocasiones para funcionar anormal. (Marx 1969: 301-302)

Esto se pone de manifiesto en su demolición sostenida de la ley de Say en *Theories of Surplus Value* [*Teorías sobre la Plusvalía*] (Marx 1969: 470-546). Say, argumenta, no separa la compra de la venta, asumiendo que todo lo que se produce encontrará automáticamente un comprador. Es decir, Say asume que la reproducción tendrá éxito, antes de que lo haya hecho. Este es un error metodológico característico. El ‘mecanismo’ de la crisis sólo es problemático si se presupone que el capitalismo tiene que funcionar: “La crisis es precisamente la fase de perturbación e interrupción del proceso de reproducción. Y esta perturbación no puede explicarse por el hecho de que no se produzca en los tiempos en que no hay crisis” (Marx 1969: 503).

¿Ofrece entonces Marx una teoría de la crisis basada en la LDTTG? Sí; pero no reduce una teoría a un mecanismo. Una ley –que define de acuerdo con la mayoría de la filosofía³– subyace a estos ‘mecanismos’. Las ‘ocasiones de funcionar anormalmente’ se multiplican en presencia de tasas de ganancia bajas, y disminuyen en presencia de tasas altas. La confusión que rodea a esta sencilla idea surge, en primer lugar, de la noción ajena de que las causas son exclusivas, como si la crisis fuera un misterio de ‘quién’. Los protagonistas escriben (Howard y King 1989) como si al demostrar que el subconsumo es una de las causas de la crisis, hubieran probado de alguna manera que la TGD no puede serlo, o viceversa. Las leyes causales nunca son excluyentes; sólo porque la ‘edad’ no aparezca en un certificado de defunción, no podemos concluir que la gente vivirá para siempre.

La misma confusión surge de la idea de que no hay relaciones entre las causas, lo que subyace al problema espurio de la ‘multicausalidad’ (Harvey 2015; Kliman 2015). Toda muerte implica el fallo de múltiples órganos, pero esto no significa que la gente no pueda morir de viejo; explica por qué fallan los órganos de los ancianos. La pregunta que Marx plantea correctamente es: ¿por qué los múltiples mecanismos de crisis se multiplican en ciertas circunstancias y no en otras? Una frase atribuida apócrifamente al golfista Jerry Barber dice “Cuanto más practico, más suerte tengo”. La preocupación de Marx es: ¿qué hace que el capitalismo tenga mala suerte?

Por poner un ejemplo: señala que la escasez de medios de pago es una fase de cada ciclo. La escasez de crédito es un ‘mecanismo’. Pero si hacemos de esto una teoría alternativa de la crisis, ¿cómo podemos explicar por qué, por un lado, el crédito barato alimentó la expansión de 1945-68,

³ Una ley es “un principio teórico deducido de hechos particulares, aplicable a un grupo o clase definida de fenómenos, y expresable mediante la afirmación de que un fenómeno concreto se produce siempre si se dan ciertas condiciones” (*Oxford English Dictionary*).

mientras que, por otro, los años de flexibilización cuantitativa desde 2009 no han logrado restaurar ni siquiera los niveles de crecimiento de la década de 1980, por no hablar de los años dorados?

Todas estas confusiones conducen a la moderna discusión sobre si algún nuevo fenómeno, como la financiarización, el neoliberalismo o la desigualdad, ‘tomó el relevo’ de la TGD en los años ochenta. Tales causas sólo pueden ser designadas como 'nuevas' si insistimos en la exclusión causal, o empleamos la multicausalidad para emitir una prohibición sobre las causas generales. La cuestión es: ¿qué causó la financiarización o el neoliberalismo? ¿Las contradicciones que estallaron en la ‘Segunda Depresión’ de 1974 (Mandel 1978) simplemente se escabulleron? ¿O bien éstas, y las crisis gemelas de la década de 1980, crearon un absceso que estalló en 2008?

Esto nos lleva a la mitad faltante de la discusión: ¿cómo y cuándo podemos decir que una crisis ha terminado? Esta pregunta rara vez se incluye en los debates sobre la LDTTG, y sin embargo pone en pie la teoría de la crisis. Una vez que reconocemos que el capitalismo no se reproduce automáticamente, comprendemos que el fracaso debe entenderse como la ausencia de éxito. Los economistas del siglo XX, como veremos, se enfrentaron a la pregunta “¿Qué causa las depresiones?” vía su debate sobre cómo acabar con ellas; es decir, “¿Qué causa los auges?”.

5.4. NO ME CIEGUES CON HECHOS: EL EQUILIBRIO Y EL DOGMA DE LA PERFECCIÓN DEL MERCADO

Algunos hechos son tan evidentes que son innegables. Los economistas pueden diferir sobre cómo explicar la Gran Depresión de 1929-42, pero ninguno afirma ahora que no se produjo. Sin embargo, el consenso predominante de la época –la teoría neoclásica– aportaba pruebas incontrovertibles de que no podía ocurrir. Tal discordancia entre los hechos y la teoría no puede explicarse suponiendo que la economía se comporta como una ciencia normal. Hay que reconocer que su función, en parte o en su totalidad según el período histórico, no es la de explicar el orden social existente, sino justificarlo.

La teoría económica eliminó la crisis de su agenda en un retroceso (Freeman 2010) que declaró al capitalismo incapaz de ella. Habiendo reconstruido las ciencias sociales en líneas weberianas a finales del siglo XIX (Desai, capítulo 8 de este volumen), se embarcó en la fabricación de pruebas de la perfección capitalista. Esto cumplió dos funciones esotéricas: destronó al trabajo y eliminó todas las contradicciones del capitalismo.

El resultado fue el método de equilibrio general, o estática comparativa (Freeman 2015), que sustituyó al método temporal (Freeman y Carchedi 1996; Kliman 2007) que Marx heredó de Sismondi. Los sistemas de equilibrio general comienzan presuponiendo que el mercado funciona perfectamente, y deducen sus teorías a partir de esta suposición. No es de extrañar que las crisis generadas internamente sean teóricamente imposibles

En esta fase religiosa, el imperativo primordial es demostrar que todas las desviaciones del ideal teórico surgen de causas externas al capitalismo. Se trata de una formulación neoplatónica clásica: el ideal es lo real, del que la sociedad pecadora que nos rodea es una manifestación imperfecta. La

imperfeción del mercado en economía asume la función de Satanás en el cristianismo. Como John Weeks (com. pers.) ha dicho acertadamente, un caballo se convierte en un unicornio imperfecto.

Al no tener pretensiones exotéricas, estas teorías admiten abiertamente que sus cifras no pueden coincidir con lo observado. El estudioso tiene que entender que para estos autores este fallo no tiene ninguna importancia: los números cuadrarían, si no fuera por las imperfecciones. Su verdadera preocupación, como la de los eruditos medievales que discuten las pruebas de la existencia de Dios, es: ¿cuáles son las propiedades de un sistema completamente ideal?

Surgen dos versiones, espejos la una de la otra. El equilibrio general marginalista, formulado por Walras (1977) en los años 30 y perfeccionado por Arrow y Debreu en los años 50 (Walsh y Gram 1980), sustituye la noción de excedente por la idea de pago por servicios del capital. Sin embargo, la producción real no es igual a la suma de los pagos por los factores, por lo que los datos empíricos reales no obedecen a las ecuaciones (5.4) y (5.5), excepto en el estado estacionario, que nunca existe. El resultado no es tanto una teoría como una confesión: el teórico admite de antemano que los números no pueden funcionar, y llama al resultado ‘mercado imperfecto’.

La variante marxista es el fisicalismo, también conocido como simultaneísmo. Comienza con la famosa ‘corrección’ de von Bortkiewicz ([1905] 1952) a Marx, en la que el valor y el precio de la producción se convierten en la solución de un conjunto de ecuaciones simultáneas. Bortkiewicz es bastante abierto: reconoce a Marx como un ‘sucesivista’ –su término para ‘temporalista’– y ofrece una nueva teoría del valor que designa como una ‘corrección’ de Marx, en línea con sus convicciones walrasianas:

Alfred Marshall dijo una vez de Ricardo: “No expone claramente, y en algunos casos quizá no percibió plena y claramente, cómo, en el problema del valor normal, los diversos elementos se gobiernan mutuamente, no sucesivamente, en una larga cadena de causalidad”. Esta descripción se aplica aún más a Marx (...) [quien] sostuvo firmemente la opinión de que los elementos en cuestión deben ser considerados como una especie de cadena causal, en la que cada eslabón está determinado, en su composición y su magnitud, sólo por los eslabones precedentes (...) La economía moderna empieza a liberarse poco a poco del prejuicio sucesorio, y el principal mérito se debe a la escuela matemática dirigida por Léon Walras. (Bortkiewicz [1905] 1952: 23-24)

Una complicación surge cuando Sweezy ([1942] 1970), en una controvertida lectura de Sraffa (1962), declara que el sistema de Bortkiewicz es la versión recibida de Marx, abonando una vasta literatura que ‘demuestra’ que Marx era inconsistente. Esta literatura ha caído en el descrédito; se basa en la atribución refutada de un punto de vista de equilibrio.

La mejor manera de disipar la confusión es reconocer los sistemas marxistas simultáneos como lo que realmente son: teorías del valor distintas. Comparten, con el equilibrio general marginalista, una serie de supuestos sin los cuales no aportan ninguna solución; en los 70 años transcurridos desde que Sweezy los llamó por primera vez ‘supuestos simplificadores’, éstos nunca se han relajado. Existe una tasa de ganancia única y uniforme, todo el capital se renueva por completo exactamente al mismo tiempo, los mercados se despejan por completo en cada período, y los precios y valores al final de cada período deben ser iguales a los del comienzo del mismo período. El término ‘fisicalismo’ surge porque, como señaló Steedman (1977), el valor en este sistema es

redundante. Todas las magnitudes dependen únicamente de las ‘cantidades físicas’ consumidas y producidas.

Como es sabido, tal y como establece el riguroso teorema de Okishio ([1961] 1993), estos sistemas no pueden producir una tasa de ganancia decreciente. La razón es que cuando los valores caen, las pérdidas derivadas de la depreciación moral de los bienes de capital adquiridos a los antiguos precios simplemente se borran; los capitalistas quedan exentos de pagar por ellos. Esto sería un buen truco si cualquier capitalista real pudiera comportarse así; al igual que la suposición de que los vendedores reciben más dinero por sus bienes de lo que los compradores les pagan. Pero, de nuevo, esto no importa a los autores en cuestión porque en un estado imaginario de reproducción perfecta los números funcionarían. Así, Roemer (1981: 380):

Las respuestas a esta afirmación, de Okishio y otros, han sido de tres tipos. En primer lugar, lo que Fine y Harris (1976) denominan posiciones fundamentalistas sobre la TGD. En segundo lugar, hay discusiones empíricas sobre si la composición orgánica del capital está o no aumentando. Aunque este tipo de investigación puede ser útil, no influye en la cuestión *teórica* de si la tasa de ganancia cae o no debido al cambio técnico (...) las investigaciones empíricas, por tanto, son ciertamente necesarias, pero no pueden refutar una teoría.

La afirmación formal de que los hechos no pueden refutar una teoría simplemente pierde de vista para qué sirve la teoría, es decir, para explicar dichos hechos. Pero, ¿cómo podemos saber si una teoría determinada consigue este fin? A esto nos referimos ahora.

5.5. EL PLURALISMO DE DATOS Y EL MÉTODO INDUCTIVO

Cuando los economistas se embarcan en debates tan básicos como “¿Se ha recuperado la tasa de ganancia?” o “¿Ha terminado la recesión?” se encuentran con una cuestión fundamental: los datos se construyen. Para poner a prueba estas proposiciones hay que medir y definir la tasa de ganancia y las demás magnitudes implicadas. Por eso, las grandes revoluciones teóricas de la economía van acompañadas de las revoluciones en la medición.

Curiosamente, los economistas tienden a tratar los datos como incontrovertibles, a pesar de que, como señala Shaikh (1999), cada una de las variables de la tasa de ganancia implica una construcción teórica. Las propias cuentas nacionales tienen su origen en la redefinición de Keynes de variables clave como el ahorro y la inversión; encarnan una teoría (Assa 2014). Los debates de los economistas sobre las explicaciones teóricas son, por tanto, inseparables de sus diferencias sobre cómo interpretar los datos.

El caso de las finanzas es instructivo. Las Cuentas Nacionales de Ingreso (CNI) deducen una magnitud ‘imputada’ (ficticia) denominada servicios de intermediación financiera medidos indirectamente (SIFMI [por sus siglas en inglés]) de todos los sectores industriales y la añaden a la producción del sector financiero. Los pagos de intereses se atribuyen así a una actividad productiva. Se trata de un supuesto ideológico que Mohun (2000) y Moseley (1992) intentan corregir; se acepten o no sus soluciones, no podemos sino estar de acuerdo en que si las finanzas se contabilizan de forma incoherente, el sesgo ideológico de la CNI se importará de forma acrítica.

Freeman (2012) corrige otra incoherencia en las medidas convencionales, que incluyen las ganancias financieras en S pero excluyen de K los activos financieros que producen estas ganancias. Una vez realizada esta corrección, desaparece la ‘recuperación’ de la tasa de ganancia observada por otros autores (Kotz 2009; Basu y Vasudevan 2013). Tanto las tasas de ganancia del Reino Unido (RU) como las de Estados Unidos (EEUU) continúan ininterrumpidamente la tendencia a la baja iniciada en 1946. Las mediciones de los activos fijos de la NIA también son problemáticas. Kliman (2010) muestra que si se utilizan las medidas de coste histórico de los activos y las ganancias de la Oficina de Asuntos Económicos (BEA), la tasa de ganancia disminuye inequívocamente de 1980 a 2000, el período en disputa. Otras diferencias surgen si, siguiendo a Shaikh (1999, 2010), corregimos por la utilización de la capacidad.

Cuando los datos arrojan respuestas diferentes a preguntas tan básicas como si la tasa de ganancia está aumentando o disminuyendo, una investigación rigurosa tiene que aceptar que las afirmaciones de hecho dependen de cómo se construyen los datos. No podemos sacar conclusiones definitivas a partir de la gama más amplia posible de medidas, si esa gama excluye los resultados que refutan esas conclusiones, del mismo modo que un tribunal puede llegar a una decisión justa negándose a escuchar al testigo estrella de la defensa.

¿Nos lleva esto al relativismo? Por el contrario, la consistencia inductiva impone una restricción adicional estricta: una teoría debe explicar *todos* los datos que arroja. Las medidas estándar de la tasa de ganancia llevan a dos conclusiones inverosímiles: que en el sector financiero supera el 80%; y que en el Reino Unido ha aumentado continuamente desde 1974, mientras que los resultados económicos del Reino Unido eran inequívocamente pésimos. Ninguna teoría que emplee tales medidas puede ser aceptada, a menos que dé cuenta de estas incómodas predicciones, así como de los fenómenos que fueron construidos para explicar.

El pluralismo de datos no es una licencia para producir números que no cuadran, o predicciones que entran en conflicto con los propios datos de una teoría: es un deber de escudriñar los datos utilizando principios inductivos aplicados rutinariamente en otros lugares. Teniendo esto en cuenta, estudiemos ahora cómo reaccionó la teoría económica ante los hechos incontrovertibles de la Gran Depresión de 1929. Tres de sus reacciones son pertinentes. En primer lugar, se embarcó en un debate teórico sobre las condiciones de salida de la crisis que condujo a la aparición del keynesianismo. En segundo lugar, desarrolló métodos sustancialmente nuevos para medir los hechos, dando lugar a las cuentas nacionales. En tercer lugar, y lo que es más importante, devolvió la política a la economía política, ya que el papel del Estado pasó a ser el centro de atención. Se trataba de un debate a tres bandas: ¿puede el capitalismo restablecerse por sí mismo, puede salvarse en absoluto y, en caso afirmativo, qué acciones podrían salvarlo?

5.6. KEYNES, KONDRATIEFF, SCHUMPETER Y EL REDESCUBRIMIENTO DE LA REALIDAD

La segunda Gran Depresión enfrentó a la teoría económica con un nuevo problema⁴, confirmado por un amplio conjunto de datos sobre la tasa de ganancia reunido por Maito (2013). Por un lado, en todas las economías capitalistas maduras se producen largos descensos de la tasa de ganancia (20-40 años). Por otro lado, excepto en el Reino Unido, éstas se invierten bruscamente en puntos definidos, borrando las pérdidas anteriores en el corto espacio de 5-10 años. También es sorprendente que no haya una tasa de ganancia única y uniforme en todas las economías nacionales; la tasa de ganancia no se iguala a escala mundial. no se iguala a escala mundial.

El principal enigma teórico es que el propio ciclo económico no restablece la tasa de ganancia. Se trata de un hecho histórico sobresaliente; los nuevos datos lo confirman de forma sorprendente. Su explicación sigue siendo el principal problema teórico de la economía política moderna. Si el crecimiento negativo que acompaña a las recesiones fuera suficiente para eliminar el valor del capital acumulado, no habría tendencias a largo plazo que observar en el capitalismo. Sin embargo, empíricamente no es así. El debate moderno sobre si la tasa de ganancia de EE.UU. se ‘restauró’ en la década de 1980 no nos exime de explicar por qué cayó desde 1948 hasta el supuesto repunte, ni por qué incluso este supuesto repunte no la restablece en absoluto a los niveles de la época de auge.

Como se ha indicado, el problema no puede resolverse sin estudiarlo desde la perspectiva correcta. Antes de entender por qué la tasa de ganancia cayó a partir de 1948 debemos comprender qué la elevó a sus niveles de 1948 y desencadenó la expansión de posguerra. Entonces podremos entender las depresiones correctamente, como la ausencia de los factores que producen estos largos auges expansivos: ésta es, en realidad, la única forma históricamente conocida que adopta una "recuperación". Un hecho sombrío es que la primera de esas recuperaciones coincidió con el imperialismo, y la segunda con el fascismo y la Segunda Guerra Mundial. ¿Cuál es el papel de estas causas externas y políticas en la restauración?

Podemos abordar este problema partiendo de la explicación de la ley de Marx, a saber, la acumulación de valores del capital en el denominador de la ecuación (5.5). Los descensos cíclicos pueden revertir esto, aunque la pregunta es: ¿en qué medida? Si la acumulación se invierte, las existencias de capital se reducirán. Esto requiere que A en la ecuación (5.7) sea suficientemente negativa. A diferencia de otras “causas contrarrestantes” no conozco ninguna objeción teórica a la hipótesis de que la desacumulación puede restablecer la tasa de ganancia durante el ciclo corto. Sin embargo, empíricamente, no lo hace. En cambio, la tasa de ganancia se recupera con poca frecuencia, en circunstancias históricas definidas pero raras. ¿Cuáles son circunstancias?

La teoría económica se dividió, en la década de 1930, exactamente sobre esta cuestión. Schumpeter (1939; véase también Freeman 2014a) sitúa la recuperación en circunstancias endógenas. Sostiene que las propias depresiones prolongadas crean las condiciones, completando la liquidación largamente pospuesta de los valores de capital acumulados en un frenesí de destrucción creativa.⁵ La de Schumpeter es, por tanto, la forma más pura y coherente de la noción

⁴ Tras la Gran Depresión de 1870 se produjo un auge, generalmente denominado “*belle époque*” y descrito por C. Freeman (2002) como la era del acero, la electricidad y el imperialismo.

⁵ Las teorías que han prescindido de la categoría de valor subestiman sistemáticamente la perturbación necesaria para revertir el descenso de la tasa de ganancia porque confunden la desacumulación –que hace descender los valores

ampliamente sostenida, incluso dominante, de autorrecuperación (Freeman 2014b) que subyace tanto al neoliberalismo como a la teoría de la onda larga endógena (Menshikov 1989).

El segundo gran bando sostiene que un auge requiere la intervención consciente de fuerzas no-mercantiles –es decir, políticas e institucionales. Aunque el relato de Keynes es el más conocido, su expresión más clara proviene de la crítica definitiva de Trotsky (Day 1981: 50) en 1924 a la teoría de las ondas largas de Kondratieff:

Se pueden rechazar de antemano los intentos del profesor Konrad'ev de asignar a las épocas que él llama ciclos largos el mismo 'ritmo estricto' que se observa en los ciclos cortos. Este intento es una generalización claramente errónea basada en una analogía formal. La periodicidad de los ciclos cortos está condicionada por la dinámica interna de las fuerzas capitalistas, que se manifiesta siempre y dondequiera que haya un mercado. En cuanto a estos intervalos largos (de 50 años) que el profesor Konrad'ev propone apresuradamente llamar también ciclos, su carácter y duración están determinados no por el juego interno de las fuerzas capitalistas, sino por las condiciones externas en las que se produce el desarrollo capitalista. La absorción por el capitalismo de nuevos países y continentes, el descubrimiento de nuevos recursos naturales y, además, factores significativos de orden 'superestructural', como las guerras y las revoluciones, determinan el carácter y la alteración de las épocas expansivas, de estancamiento o de declive del desarrollo capitalista. desarrollo capitalista.

Las guerras y las revoluciones pueden parecer distantes de la cuestión de la tasa de ganancia; sin embargo, la explicación de Trotsky tiene sentido si la interpretamos en el sentido de que se requieren acontecimientos políticos para destruir los valores del capital, porque los mecanismos puramente económicos no son suficientes. Esto coincide con la propia teoría de Keynes sobre la tasa de ganancia, que aparece en su concepto de eficiencia marginal del capital (EMC), su explicación clave del comportamiento de la inversión. Distingue de la productividad marginal:

La teoría ordinaria de la distribución, en la que se supone que el capital obtiene *ahora* su productividad marginal (en un sentido u otro), sólo es válida en un estado estacionario. El rendimiento actual agregado del capital no tiene ninguna relación directa con su eficiencia marginal (...) el alcance de la inversión en cualquier dirección dependerá de una comparación entre la tasa de rendimiento sobre el coste y el tipo de interés (Keynes 1971: 139-140)

Las oportunidades de inversión productiva se capitalizan a lo largo de su vida esperada y se descuentan por el tipo de interés previsto; sólo se acometen aquellas cuyo rendimiento descontado es superior a cero. Por lo tanto, es la diferencia –la plusganancia de Marx– entre el rendimiento de la inversión productiva y el del atesoramiento financiero o la acumulación, lo que determina el nivel de inversión.

Para Keynes, además, la tasa de ganancia está restringida precisamente por la razón propuesta por Marx: $K_T + A$ en la ecuación (5.7) supera a S_T :

La demanda de capital está estrictamente limitada en el sentido de que no sería difícil aumentar el stock de capital hasta un punto en el que su eficiencia marginal hubiera caído a una cifra muy

subyacentes– con los choques, que se limitan a restablecer los precios de los activos los precios de los activos a estos valores.

baja. Esto no significaría que el uso de instrumentos de capital no costara casi nada, sino sólo que (...) el rendimiento agregado de los bienes duraderos en el curso de su vida, como en el caso de los bienes de corta duración, sólo cubriría su coste de mano de obra. de corta duración, cubriría su coste de producción de producción más un margen para el riesgo y la por el riesgo y de riesgo y de los costes de la habilidad y de la supervisión. (Keynes 1971: 375)

A veces se argumenta que el análisis de Keynes no tiene relación con el de Marx, porque Keynes habla de la tasa de rendimiento esperada y Marx de la real, y Keynes habla de valor mientras que Marx habla de precio. Ninguna de las dos objeciones es válida.

Marx no afirma que la tasa de ganancia entre directamente en la conciencia de los capitalistas. Afirma repetidamente (por ejemplo, Marx [1894] 1991: 142, 300, 780-782) que lo que importa al capitalista individual es la ganancia excedente, la diferencia entre su propia ganancia y la de otros capitalistas. Aclara que el propio capital ficticio busca y obtiene un rendimiento sobre lo que se paga por él, lo que determina su precio (Marx [1894] 1991: 597).

Dado que para Marx, el temporalista, las tasas de ganancia no se igualan sino que forman una distribución, debe seguirse que cuanto más baja sea la media de esta distribución, más rentable les resultará a los capitalistas individuales colocar su dinero en un financiero que devolverlo a la producción. Keynes no es simplemente similar a Marx; en esto es prácticamente idéntico.

Igualmente, ambos autores reconocen que las falsas expectativas se castigan. Los precios inflados de los activos vuelven a la tierra en las caídas que normalmente acompañan a los descensos. Además, las expectativas se forman a partir de datos reales, por muy fantásticos que sean los cálculos, ya que se supone que los capitalistas no poseen poderes sobrenaturales. Por lo tanto, lo que está en juego es únicamente la forma en que un tipo medio descendente se impone a las expectativas. Se trata de una cuestión interesante que podría financiar muchas disertaciones, pero no es una diferencia de principio.

¿Y la diferencia entre precio y valor? Una vez que reconocemos el carácter temporal del concepto de valor de Marx, esta diferencia también desaparece. Partimos de la obra de Kalecki, que teorizó explícitamente la tasa de ganancia en términos keynesianos (Toporowski 1999), argumentando en efecto que las imposiciones de la identidad (5.7) podían ser superadas por un aumento indefinido de la producción. Evidentemente, si las magnitudes de (5.7) son valores, esto no puede ocurrir porque la producción no puede aumentar más rápido que la tasa de crecimiento natural de la fuerza de trabajo, el núcleo del argumento de Marx. Para ver esto, debemos reconocer que el excedente S_T está limitado por la producción Y_T , por lo que la tasa de ganancia no puede aumentar por encima de un máximo R_T donde:

$$R_T = \frac{Y_T}{K_T + A_T} \quad (5.8)$$

Sólo si A se vuelve insignificante con el tiempo, es decir, si la acumulación tiende a cero, se puede evitar que la tasa máxima disminuya. Como r es siempre menor que R , se deduce que un excedente creciente no puede compensar el aumento de la composición del capital.⁶

Sin embargo, si Y puede inflarse arbitrariamente, esta restricción ya no se mantiene. Así, otra forma de ver las diferencias entre la teoría de Marx y la de sus críticos es que, al no estar relacionada su medida de la producción con la magnitud del tiempo de trabajo, no reconocen ninguna restricción en la producción.

La coherencia inductiva nos obliga a poner en pie este debate. En realidad, la tasa de ganancia cae. Como, en realidad, la tasa de valor se impone al comportamiento, la cuestión es: ¿cómo ocurre esto? La cuestión es cómo adaptar la teoría para explicar la realidad, no al revés.

Los análisis de Marx y Keynes convergen en una respuesta a esta pregunta. Si el nivel medio de inversión está determinado por las diferencias entre las tasas de rendimiento, y no por un nivel absoluto, entonces una tendencia inflacionista general de los precios en relación con los valores no alterará nada, ya que todas las tasas de rendimiento aumentarán por igual, en una cantidad igual a la tasa proporcional de crecimiento de los precios en comparación con los valores.⁷

La tasa de ganancia en valor es, en efecto, una forma canónica, independiente de su medida monetaria. Todos los resultados de la teoría del valor que son expresables en términos de diferencias relativas de ganancias se aplican también a las formas de precios. Cuando surgen efectos específicamente monetarios, como la inflación de los precios de los activos, podemos obtener una medida absoluta de estos efectos reduciendo los precios a valores utilizando el equivalente monetario del tiempo de trabajo (MELT [por sus siglas en inglés]). El análisis del valor es, pues, un instrumento de análisis práctico y no meramente teórico. El último paso es Las consecuencias políticas de este resultado económico.

5.7. ESTRUCTURAS DE DESACUMULACIÓN: LA AUTORRESTAURACIÓN Y EL DEBATE MODERNO

Ahora tenemos una explicación para las largas depresiones que empieza a tener sentido: son el resultado gemelo de las fuerzas que producen la decadencia y la ausencia de fuerzas que llevan a la restauración. Visto así, el verdadero tema del debate es: ¿qué puede llevar a la restauración? Esto nos lleva a una característica muy olvidada de la teoría de la tasa de ganancia de Marx: es un instrumento de análisis de clase.

En el Volumen 3 de *Capital* [*El Capital*] (Marx [1894] 1991) la tasa de ganancia no explica sólo, ni siquiera principalmente, las crisis; explica las clases capitalistas. Cada una de estas clases recibe una parte de la ganancia total determinada por un tipo específico de propiedad. Esto es lo que

⁶ Heinrich (2013) representa la cuestión como si la LDTTG de Marx sólo se mantuviera en el caso extremo de que S sea realmente igual a Y . No ve que, dado que S está limitado por Y , sólo puede compensar la acumulación si ésta tiende a cero.

⁷ Véase en el Apéndice la demostración de este resultado. El lector no-matemático puede omitir esta demostración.

explica el enfático rechazo de Marx a la noción de Smith de la tasa de ganancia como “precio del capital”. En la “fórmula trinitaria” clásica (Marx [1894] 1991: 953), la tierra, el trabajo y el capital son fuentes independientes de valor, o ‘factores’. En cambio, Marx presenta todas las rentas –el propio salario, la ganancia industrial, la ganancia comercial, el interés y la renta– como partes redistribuidas de un único excedente producido por un factor: el trabajo.

En consecuencia, todo lo que afecta a los ingresos de una clase hará que ésta crezca o se reduzca en relación con las demás. Si el interés aumenta en relación con la ganancia, apoyará a más financieros o a un mayor ejército de lacayos de los financieros existentes. La clase de los financieros, como poder social y político, crecerá. A la inversa, una acción pública o colectiva que afecte a un tipo de renta inmobiliaria –desregulación, control de los alquileres o exenciones fiscales, por ejemplo– fortalecerá a una clase de propietarios a expensas de otras.

Éstas se interrelacionan claramente. Marx habla en varios lugares de una relación inversa entre el crecimiento de la industria y la influencia del capital bancario. Sin embargo, en 1914 casi todos los comentaristas observaron un crecimiento exorbitante del capital financiero que había comenzado durante la Gran Depresión; la famosa teoría del imperialismo de Hobson y Lenin lo tuvo en cuenta específicamente (Desai 2012: 49).

La cuestión crítica es si esta interrelación actúa para exacerbar, o para mejorar, las causas originales de la crisis. ¿Es un desarrollo beneficioso o parasitario? Para ser estable, aunque sea temporalmente, un “régimen de acumulación”, por utilizar una frase reglamentaria, requiere una relación beneficiosa. El crecimiento de la clase capitalista industrial en los auges expansionistas – las dos revoluciones industriales, la belle époque y la Edad de Oro de la posguerra– estaba directamente relacionado con el plusvalor relativo, las continuas mejoras de la productividad y la aceleración de las inversiones.

La relación entre el crecimiento mórbido del capital financiero y su manifestación política – neoliberalismo, extractivismo, aumento de la desigualdad, expansionismo agresivo y militarista– son el resultado de un proceso opuesto e inestable. Para entenderlo podemos partir de la ley de la crisis en la que ciertamente insiste Marx: en una crisis, el capital se condensa en forma de acaparamiento de dinero, y se retira de la producción. Pero el dinero, en el capitalismo moderno, no se guarda bajo el colchón. No es ni pasivo ni ocioso, sino una fuente de ingresos muy agresiva, enorme. Los instrumentos financieros negociables son simplemente la forma moderna del capital monetario. El crecimiento desenfrenado de la clase que lo posee y gestiona no es una expresión de la gran vitalidad del capitalismo, sino una manifestación de un parasitismo que surge de la incapacidad del capitalismo para sostener las fuentes de ingresos que surgen de la inversión en nuevas formas de producción.

La fuente de ingresos financieros, al ser improductiva, no contribuye a aumentar el nivel de producción. La inversión productiva aumenta, como en China, precisamente y sólo cuando se adoptan medidas externas de apoyo a la industria y de contención del capital financiero⁸; por el contrario, se hunde, como en gran parte de Europa, donde se da rienda suelta a la doble ilusión de

⁸ Como sigue ocurriendo en la India, en el momento de escribir este artículo, en un grado no reconocido por la mayoría de los comentaristas.

que la industria no necesita apoyo y las finanzas de que la industria no necesita apoyo y las finanzas no necesitan regulación.

El debate es, pues, si la financiarización o el neoliberalismo son causas de crisis alternativas a la TGD (Duménil y Lévy 2011; Kotz 2009; Lapavistas 2009) o si ellas mismas se explican por la TGD. Lo son. Los activos financieros son precisamente la forma que adoptan los acaparamientos de dinero en los tiempos modernos. Tiene mucho sentido suponer que las bajas tasas de ganancia de los años 70 y 80 convirtieron estos activos en una alternativa atractiva a la inversión productiva. Como muestra Freeman (2012), esta explicación es completamente coherente con los datos. Tiene igual sentido reconocer el surgimiento del neoliberalismo no como una ‘solución’ a la crisis, sino como la expresión política de los intereses materiales de aquellas clases rentistas que se convirtieron en propietarias y gestoras de este capital ocioso, convirtiéndolo en una consecuencia morbosa de la LDTTG, y no un ‘mecanismo alternativo’ de la crisis.

Es un error clásico de razonamiento causal rechazar la TGD como causa de la crisis alegando que su lugar ha sido ocupado por factores institucionales de los que a su vez es causa. La verdadera cuestión es si su interrelación con estas consecuencias institucionales es estable o inestable. Si es lo primero, deberíamos esperar ver algún tipo de interacción oscilante en torno a un atractor. Pero lo que en realidad vemos desde mediados de los 80 es un proceso degenerativo en el que los obstáculos económicos e institucionales al ‘boom’ se refuerzan mutuamente.

Si interpretamos, como un proceso degenerativo inestable, la interacción entre el aumento de los ingresos no-productivos que se produce hacia el final de un auge expansivo, y las cambiantes relaciones de clase que éste induce, obtenemos un relato alternativo a esas benignas teorías schumpeterianas que, si bien reconocen que el capitalismo no se ha arreglado a sí mismo, suponen sin fundamentos fácticos que se ha arreglado mediante mecanismos políticos estables de acumulación que produjo a partir de sí mismo.

¿Cuál postura es verdadera? La cuestión se ve enturbiada por la discusión previa ¿Qué versión es cierta? La cuestión se ve enturbiada por el debate previo en torno a los datos. Los autores que elevan los factores institucionales a la categoría de causa principal también argumentan que la recuperación ya se ha producido, como deben hacer, ya que si no ha habido recuperación, no hay una ‘nueva’ crisis de la que los factores institucionales puedan ser una causa; en cambio, los escritores de la corriente opuesta (Desai 2012; Freeman 2012; Kliman 2012; Shaikh 2010) tienden a argumentar que los factores institucionales son una nueva expresión del mismo problema subyacente.

El criterio de comparación es fundamental. Todas las afirmaciones de una recuperación posterior a 1984 adoptan, como estándar, los años anteriores de recesión, que fueron la peor experiencia anterior por la que pasó el capitalismo, después de la guerra. Pero después de cualquier recesión, cualquier subida aparece como una mejora. Un rebote de ‘gato muerto’ ‘parece’ una recuperación sólo porque las cosas ya estaban muy mal. Lo que se necesita es un comparador independiente de la periodización arbitraria. La historia ofrece ese comparador: los largos auges anteriores. ¿Cómo se compara el período posterior a 1985 con las expansiones largas anteriores, en particular el auge de la posguerra? de la posguerra?

El crecimiento de los Estados Unidos entre los picos de 2001 y 2009 fue del 1,4%, el más bajo de la historia de la posguerra, aunque en su momento fue aclamado como una gran racha alcista.⁹ Nuevamente, el promedio de crecimiento entre 1939 y 1970 fue del 4,6%; entre 1970 y 2009 fue del 2,8%. No se trata de promedios espurios. Durante 15 de los 30 años que van de 1939 a 1970, el crecimiento fue superior al 4,6%; el crecimiento sólo superó esta cifra en seis de los 39 años que van de 1970 a 2009. Todos los demás indicadores económicos –el desempleo a largo plazo, la tasa de inversión, la utilización de la capacidad y la balanza comercial– confirman el fuerte contraste entre los resultados posteriores y anteriores a la década de 1970.

A escala mundial, en ningún año entre 1960 y 1970 el producto interno bruto (PIB) creció menos del 4%; en ningún año desde 1991 ha crecido más del 4%. Incluso en la rocambolesca década de 1970, el crecimiento mundial cayó por debajo del 4% sólo en dos años: 1974, cuando cayó al 1,1%, y 1975, cuando alcanzó el 1,0%. En aquella época, estas tasas de crecimiento se consideraban catastróficas. Sin embargo, el crecimiento mundial en 2001 fue sólo 0,4 puntos porcentuales superior al peor de estos dos años.

Esta “recuperación” se describe mejor como cartaginesa. Con recuperaciones así, ¿quién necesita recesiones? En una inversión irónica, los escritores que más se esfuerzan por demostrar que la tasa de ganancia ya no importa son los que más dependen de la afirmación de que ha aumentado. de la afirmación de que ha aumentado; es casi la única estadística que apoya sus argumentos. que apoya sus argumentos.

Sin embargo, la prueba de su auge depende, críticamente, de las construcciones teóricas más cuestionadas por los acontecimientos de la última década. Este capítulo, si bien crítico, está escrito para sugerir una salida a este dilema y promover el retorno a un intento genuinamente inductivo y, por tanto, genuinamente pluralista de captar la realidad en la que vivimos.

⁹ Datos de Freeman (2012).

REFERENCIAS

1. Assa, J. (2014), 'Gross Domestic Power: Geopolitical Economy and the History of National Accounting' en R. Desai (ed.), *Theoretical Engagements in Political Economy: Research in Political Economy*, Bingley: Emerald Books.
2. Basu, D. y R. Vasudevan (2013), 'Technology, Distribution and the Rate of Profit in the US Economy: Understanding the Current Crisis', *Cambridge Journal of Economics*, 37, 57-89.
3. Blanchard, O. (2015). 'The IMF's Top Economist On Weak Global Growth', *Wall Street Times*, 19 de enero, disponible en: <http://blogs.wsj.com/economics/2015/01/19/the-imfs-top-economist-on-weak-global-growth-tumbling-oil-prices-and-market-turmoil/>.
4. Bortkiewicz, L. von ([1905] 1952), 'Value and Price in the Marxian System (Part I)', *International Economic Papers*, 1 de diciembre.
5. Day, R. (1981), *The Crisis and the Crash*, London: Verso.
6. Denis, A. (2009), 'Pluralism in Economics Education', *International Review of Economics Education*, 8(2), 6-22.
7. Desai, R. (2012). *Geopolitical Economy: After Globalization, Empire, and US Hegemony*, London: Pluto Books.
8. Duménil, G. y D. Lévy (2011), *The Crisis of Neoliberalism*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
9. Fine, B. y L. Harris (1976), 'Controversial Issues in Economic Theory', *Socialist Register*, 13, disponible en <http://socialistregister.com/index.php/srv/article/view/5398/2297#.VsI7MdDxzU4>.
10. Freeman, A. (2009), 'The Economists of Tomorrow: The Case for a Pluralist Subject Benchmark Statement for Economics', *International Review of Economics Education*, 8(2), 23-40.
11. Freeman, A. (2010), 'Marxism without Marx', *Capital and Class*, 34(1), 84-97.
12. Freeman, A. (2012), 'The Profit Rate in the Presence of Financial Markets', *Journal of Australian Political Economy*, 70, 167-192.
13. Freeman, A. (2014a), 'What Causes Booms?', en A. Bagchi y A. Chatterjee (eds.), *Marxism: With and Beyond Marx*, New Dehli, India y Abingdon, UK: Routledge.
14. Freeman, A., (2014b), 'Schumpeter's Theory of Self-Restoration: A Casualty of Samuelson's Whig Historiography of Science', *Cambridge Journal of Economics*, 38(3), 663-679.
15. Freeman, A. (2015), 'Heavens Above: What Equilibrium Means for Economics, with an Appendix on Temporality, Equilibrium, Endogeneity and Exogeneity, in Physics and Economics', disponible en www.geopoliticeconomy.academia.ca/AlanFreeman.
16. Freeman, A. y G. Carchedi (eds.) (1996), *Marx and Non-Equilibrium Economics*, Cheltenham, UK y Northampton, MA, USA: Edward Elgar.
17. Freeman, C. (2002), 'The Third Kondratieff Wave: Age of Steel, Electrification and Imperialism', borrador del capítulo 7 de C. Freeman y F. Louca (eds.), *As Time Goes By*, Oxford Scholarship Online.
18. Grossman, H. (1992), *The Law of Accumulation and Breakdown of the Capitalist System*, London: Pluto Press.

19. Harvey, D. (2015), 'Crisis Theory and the Falling Rate of Profit', disponible en <https://thenextrecession.files.wordpress.com/2014/12/harvey-on-ltrpf.pdf>.
20. Heinrich, M. (2013), 'Crisis Theory, the Law of the Tendency of the Profit Rate to Fall, and Marx's Studies in the 1870s', *Monthly Review*, 64, 11, disponible en www.monthlyreview.org/2013/04/01/crisis-theory-the-law-of-the-tendency-of-the-profit-rate-to-fall-and-marxs-studies-in-the-1870s.
21. Howard, M. y J. King (1989), *A History of Marxian Economics*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
22. ISIPE (2014), *An International Call for Pluralism in Economics*, accesado el 8 de octubre de 2014 en <http://www.isipe.net/open-letter/>.
23. Keynes, J. (1971), *The General Theory of Employment, Interest and Money*, London: Macmillan.
24. Kliman, A. (2007), *Reclaiming Marx's Capital: A Refutation of the Myth of Inconsistency*, Lanham, MD: Lexington.
25. Kliman, A. (2010), 'The Persistent Fall in Profitability Underlying the Present Crisis', Marxist-Humanist Initiative, disponible en <http://www.marxisthumanistinitiative.org/literature/the-persistent-fall-in-profitability-underlying-the-current-crisis-new-temporalist-evidence>.
26. Kliman, A. (2012), *The Failure of Capitalist Production*, London: Pluto.
27. Kliman, A. (2014), 'The Whiggish Foundations of Marxian and Sraffian Economics', *Cambridge Journal of Economics*, 38(3), 643-661.
28. Kliman, A. (2015), 'Harvey versus Marx on Capitalism's Crises Part 1: Getting Marx Wrong', disponible en http://www.newleftproject.org/index.php/site/article_comments/harvey_versus_marx_on_capitalisms_crises_part_1_getting_marx_wrong.
29. Kliman, A., A. Freeman, N. Potts, A. Gusev y B. Cooney (2013), 'The Unmaking of Marx's Capital: Heinrich's Attempt to Eliminate Marx's Crisis Theory', disponible en SSRN: <http://ssrn.com/abstract=2294134>.
30. Kotz, D. (2009), 'The Financial and Economic Crisis of 2008: A Systemic Crisis of Neoliberal Capitalism', *Review of Radical Political Economics*, 41(3), 306-317.
31. Kuhn, R. (2007), *Henryk Grossman and the Recovery of Marxism*, Chicago, IL: University of Illinois Press.
32. Lapavistas, C. (2009), 'Financialised Capitalism: Crisis and Financial Expropriation', *Historical Materialism*, 17(2), 14-148.
33. Maito, E. (2013), 'The Historical Transience of Capital: The Downward Trend in the Rate of Profit since XIX Century', disponible en https://mpra.ub.uni-muenchen.de/59285/3/MPPRA_paper_59285.pdf.
34. Mandel, E. (1978), *The Second Slump: A Marxist Analysis of Recession in the Seventies*, London: Verso.
35. Marx, K. ([1867] 1990), *Capital*, Vol. 1, London: Penguin.
36. Marx, K. ([1894] 1991), *Capital*, Vol. 3, London: Penguin Classics.
37. Marx, K. (1969), *Theories of Surplus Value*, Book II, Moscow: Progress Publishers.

38. Menshikov, S. (1989), 'The Long Wave as an Endogenous Mechanism', International Colloquium on the Long Waves of the Economic Conjuncture, 12-14 de enero, Brussels.
39. Mill, J. ([1848] 2008), *Principles of Political Economy and Chapters on Socialism*, Oxford World's Classics, Oxford, UK y New York, USA: Oxford University Press.
40. Mohun, S. (2000), 'Productive and Unproductive Labor in the US Economy: Does the Distinction Matter? A Reply to Houston and Laibman', paper presented to the mini-conference of the International Working Group on Value Theory (IWGVT), Washington, DC.
41. Moseley, F. (1992), *The Falling Rate of Profit in the Postwar United States Economy*, New York: St. Martin's Press.
42. Okishio, N. ([1961] 1993), 'Technical Change and the Rate of Profit', in M. Krüger and P. Flaschel (eds.), *Nobuo Okishio – Essays on Political Economy: Collected Papers*, Frankfurt am Main: Peter Lang.
43. Ricardo, D. ([1817] 1990), *Principles of Political Economy and Taxation*, en *Works and Correspondence of David Ricardo*, Vol. 1, Cambridge: Cambridge University Press.
44. Roemer, J.E. (1981), *Analytical Foundations of Marxian Economic Theory*, Cambridge: Cambridge University Press.
45. Rosdolsky, R. (1977), *The Making of Marx's Capital*, London: Pluto Press.
46. Schumpeter, J. (1939), *Business Cycles*, Vol. I, New York, USA y London, UK: McGraw-Hill.
47. Shaikh, A. (1999), 'The First Great Depression of the 21st Century', *Socialist Register*, 47, disponible en <http://socialistregister.com/index.php/srv/article/view/14330#.VsI2w9DxzU4>.
48. Smith, A. ([1776] 1904), *An Enquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. Edwin Canaan, 4 vols, London: Methuen, accesado el 28 de abril de 2014 en <http://www.econlib.org./library/Smith/smWN.html>.
49. Sraffa, P. (1962), *The Production of Commodities by Means of Commodities*, Cambridge: Cambridge University Press.
50. Steedman, I. (1977), *Marx after Sraffa*, London: New Left Books.
51. Sweezy, P. ([1942] 1970), *The Theory of Capitalist Development: Principles of Marxian Political Economy*, New York: Modern Reader Paperbacks.
52. Toporowski, J. (1999), 'Kalecki and the Declining Rate of Profits', *Review of Political Economy*, 11(3), 355-371.
53. Walras, L. (1977), *Elements of Political Economy*, trad. W. Jaffé, Fairfield: Augustus Kennedy.
54. Walsh, V. y H. Gram (1980), *Classical and Neoclassical Theories of General Equilibrium*, Oxford: Oxford University Press.

APÉNDICE: LAS DIFERENCIAS ENTRE LAS TASAS DE RENDIMIENTO NO SE VEN AFECTADAS POR UNA INFLACIÓN GENERAL DE LOS PRECIOS

En primer lugar, hay que tener en cuenta que si todo el capital se invierte, entonces S es simplemente el crecimiento del capital en un período determinado. Podemos reescribir la ecuación (5.5) como:

$$r = \frac{K'}{K} \quad (5.9)$$

Si e es la MELT, entonces usando $\$K$ para representar K en términos monetarios y $\$r$ para la tasa de ganancia monetaria de cualquier inversión, obtenemos:

$$\$K = eK \quad (5.10)$$

de donde se desprende:

$$\$r = \frac{(eK)'}{eK} = \frac{e'K + K'e}{eK} = \frac{e'}{e} + \frac{K'}{K} = r + \frac{e'}{e}$$

Esto se puede generalizar fácilmente al caso en que se consuma parte del excedente.